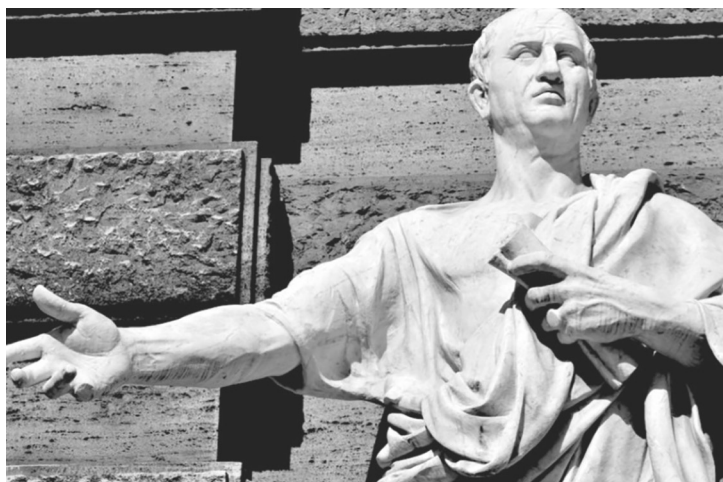


La contribución romana al humanismo

García Gibert sintetiza su legado
filosófico, jurídico y literario

JOSÉ RAMÓN AYLLÓN

Javier García Gibert, profesor de Literatura clásica española en la Universidad de Valencia y estudioso de la tradición humanística, traza una panorámica de los autores y las obras que han forjado la cultura occidental desde Grecia hasta el siglo XX, en su libro *Sobre el viejo humanismo*. En el capítulo dedicado a *La decantación romana*, explica que la voluntad integradora de autores como Horacio, Cicerón, Séneca o Virgilio hizo cristalizar el legado grecolatino y que su huella se prolongó en la cultura occidental hasta Cervantes o Dostoyevski.



Cicerón, a quien García Gibert considera padre del humanismo.

Foto: © Shutterstock.

De Grecia vino el saber a los latinos «así como viene el arroyo de la fuente», escribió Alfonso X el Sabio en su *General Estoria*, tal como recoge Javier García Gibert en *La decantación romana*, segundo capítulo de *Sobre el viejo humanismo*. La admiración y el respeto habían presidido, de hecho, la conquista de Grecia. «Unos conocidos y hermosos versos de Horacio (...) certifican esta insólita seducción del conquistador por el conquistado, que acaso no tenga parangón en la Historia y que basta para hacer brotar nuestra admiración por ambos: la Grecia cautiva cautivó a su fiero vencedor e introdujo las artes en el agreste Lacio», subraya Gibert.

Toda la cultura literaria y artística griega fue valorada y asimilada por los latinos hasta constituir la base de su personalidad. En la «orgullosa y omnipotente Roma» (en

cuyos teatros se representaban dramas griegos en la lengua de Homero), por primera vez en la Historia, una cultura exterior y anterior a la propia se tomó como estímulo y referente.

Este fenómeno —sintetiza Gibert— «sería el modelo de la tradición humanística, la cual requiere, simultáneamente, admiración y distancia, adhesión y examen crítico, y un elevado patrimonio espiritual —acabado, coherente y complejo— sobre el que meditar. Los romanos hallaron todo eso en la cultura griega».

Pero no bastaba con la devoción e imitación. «Hacía falta una voluntad integradora —afirma el autor—, una perspectiva dilatada, un proyecto educativo que decantara ese legado y lo armonizara con el nuevo espíritu romano. Esa fue la tarea impagable de Cicerón, que bien puede ser considerado como el verdadero padre del humanismo».

CICERÓN, PADRE DEL HUMANISMO

Después de estudiar en Roma con los más ilustres maestros helénicos, Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C.) hizo su primer viaje de estudios a Grecia en el año 79 a.C. Su implicación emocional e intelectual con esa cultura quedaba sellada para siempre, y en carta a su amigo Ático se reconoce «más filoheleno que nadie». Desde entonces, su tarea fue lograr la perfecta hibridación entre la cultura griega y la civilización romana.

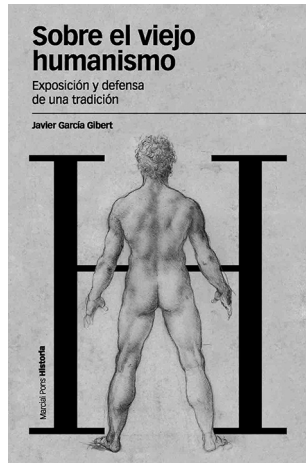
Criterio, clarividencia y elegancia son las claves de su amplio legado, como explica Gibert. Apostará por la libertad de pensamiento, piedra angular del edificio humanista. Y desarrollará su gran proyecto a través de grandes obras,

como *Los deberes* (*De officiis*), que será clave para definir los intereses del humanismo; y otras más breves, como sus tratados *Sobre la vejez* (*De senectute*) y *Sobre la amistad* (*De amicitia*).

En *Los deberes* —dedicado a su hijo y dirigido a toda la juventud romana— aparece un presupuesto esencial del humanismo: la conciencia del deber por encima del placer, la utilidad o los derechos. El tratado es una reflexión sobre la *virtus* clásica, donde cobra especial importancia el *decorum*, antecedente de la corte-sía renacentista o la discreción barroca, resumen de una sustancia ética amasada con prudencia, moderación, respeto y equilibrio.

El primer deber del ser humano es cultivar su espíritu, y es mérito de Cicerón haber otorgado a la palabra cultura (del verbo *colere*, cultivar) el principal de sus significados actuales, trasladando su sentido de la *agri-cultura* a la *cultura-animi* (cultura del alma).

En su *Defensa del poeta Arquías* hace Cicerón la primera *laudatio* (o elogio) de los estudios humanísticos. Por supuesto, no hay humanismo sin libros, pues las enseñanzas del pasado «yacerían en las tinieblas si no con-



Petrarca confesó que le emocionaba el parentesco de espíritu con Cicerón; se hizo escritor gracias a él

curriera la luz de las letras», advierte Cicerón. Él mismo es hombre de letras en toda la extensión de la palabra, y como tal ha sido apreciado por los grandes humanistas del Renacimiento. Maquiavelo, Luis Vives, Moro, Erasmo o Castiglione imitaron su estilo, se nutrieron de su sabiduría y compartieron su respeto por la tradición. Petrarca confesó que le emocionaba el parentesco de espíritu con Cicerón... de hecho, se hizo escritor gracias al autor romano.

El epistolario de Cicerón —más de ochocientas cartas conservadas— «y sus dos breves tratados *Sobre la amistad* y *Sobre la vejez* pueden explicar, mejor que ninguna otra obra, por qué el autor latino se instaló con tanta fuerza en el corazón de la tradición humanística», señala Gibert.

En *Sobre la amistad*, Cicerón «manifestó en vida no solo un noble reconocimiento por sus maestros sino también una indiscutible lealtad por sus amigos», subraya el autor.

Y llegará a afirmar, con Platón y Aristóteles, que la amistad consiste en «hacer de varias almas una sola», y que debe siempre fundarse en la «admiración» por la virtud ajena.

ELOGIO DE LA VEJEZ, COMO PROCESO DE PURIFICACIÓN

La vejez era en Grecia «mucho peor que la espantosa muerte», y toda la admiración se reservaba para la juventud. Cicerón será el primero en escribir un tratado para dignificar esa última etapa de la vida: *De senectute*.

Dirigido a su amigo Ático, defiende la idea de que «el entendimiento, la razón y la prudencia están en los viejos». Afirma que, si la vejez puede ser contemplada como un

proceso de degradación física, también puede ser un proceso de purificación interior, donde se abandona todo lo que sobra y queda solamente la esencia humana.

El tratado —«espléndida y estimulante reflexión», en palabras de Gibert— está salpicado de ejemplos históricos, frases célebres e ideas memorables. Por boca de Catón, Cicerón concluye con el apunte característico de un humanista: tras expresar su ausencia de temor a la muerte, manifiesta su impaciencia por reunirse con amigos y familiares ya fallecidos y, por supuesto, con los grandes hombres y escritores del pasado. Era uno de esos libros que Erasmo decía besar antes de leerlo, como recoge el autor de *Sobre el viejo humanismo*. Los viejos representan la acción fecundante del pasado sobre el presente, para alumbrar el futuro. Eso es lo que Cicerón representa para el humanismo.

Finalmente, hay que subrayar que el autor romano concede gran importancia a la palabra, de suerte que la elocuencia es para él el arte supremo del humanismo. Y por eso concibe la retórica como una disciplina de carácter integral, con contenido ético y filosófico al servicio de la verdad. En sus obras sobre oratoria declara la inutilidad de la sabiduría sin elocuencia y el peligro de la elocuencia sin sabiduría. El escritor que, además de dominar la palabra, tiene formación filosófica y principios éticos, se convierte en un ciudadano valioso para la república. Por el contrario, la deserción de la palabra perjudica a la sociedad.

Cicerón era un ensayista, no un autor de ficción. Virgilio será el primer autor que preste al humanismo un alto grado de conciencia literaria

«Los tratados oratorios de Cicerón son verdaderos programas culturales que tomaban a la retórica como núcleo de estudios humanísticos», explica Gibert.

Estos concedían enorme importancia al conocimiento de la Historia, que para Cicerón es nada menos que «testigo verdadero de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera del pasado». Por eso, quien la desconoce «será siempre un niño», llega a decir.

VIRGILIO, LA FICCIÓN AL SERVICIO DE LA GLORIA DE ROMA
Al impagable legado de Cicerón debía sumarse Virgilio (70-19 a.C.), el autor de la *Eneida*. Gracias a Dante, Virgilio también será «nexo estratégico entre el mundo pagano y el mundo cristiano, entre el rico tesoro de la sabiduría antigua y el nuevo mundo de referencias y aspiraciones inaugurado por Cristo», como resume el autor del libro.

Cicerón era un ensayista, no un autor de ficción. Virgilio será el primer autor que preste al humanismo un alto grado de conciencia literaria. Su obra, según Gibert, «supone la entrada definitiva de la Literatura en el marco fundacional del humanismo de Roma».

Se trata de un artista en toda la extensión de la palabra, pues convierte en materia estética todo lo que toca, con tal perfeccionismo que quiso quemar el manuscrito de la *Eneida*. A sus espaldas tiene una tradición cultural de muchos siglos, y exhibe sus influencias con orgullo. Toda su obra puede ser entendida como un homenaje a los maestros helenos: Homero, Hesíodo, los trágicos...

Virgilio estaba llamado a una obra de enorme trascendencia. «Financiado por Mecenas, honrado y protegido por Augusto, estimulado por la selecta amistad de Horacio y admirado por el conjunto de sus compatriotas, que lo consideraban elegido de las Musas, Virgilio no podía por menos que corresponder con un poema a la altura de esas expectativas», como cuenta Gibert.

Hijo de un liberto, Horacio no elogia la nobleza hereditaria, sino la nobleza de espíritu

Concibe entonces la historia del héroe troyano Eneas, un exiliado como Ulises, pero con un designio superior: no volver al hogar, sino fundar uno nuevo. Así escribe un poema para la gloria eterna de Roma, y al mismo tiempo un proyecto de acción civilizadora, «un dulce sueño de paz y de justicia perpetuas y universales», como apostilla Gibert, a la mayor gloria del emperador Augusto.

La *Eneida* se aleja del acerado universo homérico, pues, como se explica en *Sobre el viejo humanismo*: «Introduce emoción y calidez en la tragedia épica e inaugura para el mundo clásico ese tono patético —ese *pathos*— que estaba presente en los relatos bíblicos (el episodio del sacrificio de Isaac o la visita de Saúl a la pitonisa de Endor, por poner dos casos célebres), pero que brillaba por su ausencia en la literatura griega».

Virgilio sabe apelar al corazón y a la cabeza, evitando la carga morbosa, la grandilocuencia efectista y la sensiblería melodramática, apunta Gibert. La situación patética no vuelve lastimoso o miserable al personaje que la padece, sino que lo agranda y ennoblece.

En ese registro, Virgilio es tan conmovedor, tan sostenido su tono emocional, que suele mover al llanto tanto al lector como al espectador. «Esa humanizadora tonalidad patética ha sido una de las mayores deudas virgilianas que ha contraído la literatura de Occidente». Precisamente por ese *pathos* emocional, tan próximo a los textos de la Biblia, así como por su estilo profético y su indudable sensibilidad religiosa, la incipiente Iglesia vio en Virgilio un *anima naturaliter cristiana* (una alma cristiana por naturaleza), señala Gibert.

El autor subraya la huella de Virgilio en la literatura occidental, singularmente en lo que llama «los cultivadores de lo patético», desde Cervantes a Dostoyevski, pasando por Steinbeck «y el tremendo y conmovedor final de *Las uvas de la ira*».

LA AUTENTICIDAD EXISTENCIAL DE HORACIO

Con toda su grandeza, el mundo de Virgilio se ciñó a lo pastoril, lo agrícola y lo épico. Tuvo que ser su amigo Horacio (65-8 a.C.) quien abriera las puertas y ventanas de la poesía a la vida misma, a lo cotidiano. Fue también Horacio un literato que reflexionó sobre su propia tarea, y que en su *Epístola a los pisones* o *Arte poética* nos regaló una teoría literaria, donde se dan la mano la sensatez, el buen gusto y la ironía.

Su poesía —dirá— es leve, pacífica y humilde, inadecuada para cantar las glorias de los vencedores en la guerra, pero muy apta para «contar los combates de las muchachas contra los jóvenes».

Pero la novedad de Horacio no reside tanto en los temas como en su peculiar registro emocional —cínico, irónico, confesional—, que le convierte en un poeta moderno. «Con-

vencido de la degeneración de los tiempos y de la culpable endebles moral de sus contemporáneos», gusta de la independencia y del retiro en su casa de campo, lejos de los poderosos.

Estamos, sin duda, ante «el primer autor que crea una obra poética existencial», como afirma Gibert, en la que se transparenta un discreto epicureísmo que resume en comer con apetito, tener salud y envejecer con la cabeza lúcida.

Sus conocidos tópicos —el *aurea mediocritas*, o «dorada medianía»; el *beatus ille* o «dichoso aquel que se retira a la vida sencilla del campo»; y el *carpe diem* o «disfruta el momento»— fluyen en sus versos con la naturalidad de una fuente de experiencia y sabiduría, no como cuñas filosóficas. Horacio consigue dar a esas ideas una formulación modélica, una fuerza y una *humanitas* especialísimas.

Su *Arte poética* es, entre otras cosas, un tratado contra la mediocridad literaria, donde se muestra intolerante con el atrevimiento de los incompetentes. «Escribir malas obras es innecesario, y no hay razón para que el no dotado se deshonne a sí mismo, degrade el Arte y colme la paciencia de los demás».

El acercamiento a lo cotidiano de Horacio no se confunde con la vulgaridad, sino todo lo contrario. El buen gusto (*recte sapere*), fundamental para escribir bien, debe ir acompañado de la rectitud de vida (*recte agere, recte vivere*). Pero Horacio es consciente de perseguir un ideal ajeno a la mayoría, y por eso se ve a sí mismo muy lejos

Nadie como Séneca expuso de forma tan clara y contundente la épica y la estética de la sabiduría

del vulgo (*a vulgo longe*). El vulgo es mezquino, péfido, inconstante y profano, incapaz de valorar lo mejor de la vida: la virtud, la filosofía, la poesía. El término «vulgo» no designa a una clase social, sino al conjunto de personas frívolas y mediocres.

En consecuencia, Horacio, hijo de un liberto, no elogia la nobleza hereditaria, sino la nobleza de espíritu, consciente de que ambas se encuentran en cualquier estrato social, sintetiza García Gibert.

SÉNECA, LA RAZÓN VIRTUOSA UNIVERSAL

Junto a Cicerón, Virgilio y Horacio, Séneca (4-65 d.C.) se alza como la cuarta columna latina de la tradición humanística. De su actividad literaria nos quedan nueve tragedias, que siguen el modelo clásico de los griegos. En especial, *Medea*, cuya protagonista «no sabe frenar las iras ni los amores», donde se representa la contrafigura del sabio estoico y se cumple plenamente la catarsis.

En Roma ejerció Séneca la abogacía con éxito, y desempeñó diversas funciones políticas. Fue preceptor del joven Nerón. Pasados los sesenta, se retiró a su villa y redactó sus grandes obras morales. Nerón, ya en el poder, dando crédito a una calumnia le ordenó quitarse la vida.

En su retiro resumió su visión ética y existencial en ciento veinticuatro epístolas morales, algunas de ellas verdaderos tratados. Están dirigidas a su joven amigo Lucilio, que detentaba un cargo oficial en Siracusa. La prosa didáctica es de frase breve, con un ingenio conceptual y una retórica que no eliminan la impresión de viveza y naturalidad, comenta Gibert.

El pensamiento de Séneca se encuadra en la tradición estoica del helenismo, consigna el autor. Reclama el derecho a buscar la sabiduría donde se encuentre, pues «no somos súbditos de un solo rey». Admira el carácter ennobecedor de la doctrina platónica, que tiene la virtud de enaltecer la dignidad del ser humano y hacerle más fuerte ante las contingencias del mundo.

En la quinta epístola situará la singularidad del humanista en el terreno moral, concretada «en la empresa única de ser mejor cada día», pero sin separarse de «las costumbres corrientes de los hombres». Séneca anima a vivir en el mundo sin ser mundano. Apela constantemente al retiro del sabio, a evitar en lo posible el trato con la turba, pues desafina el alma. Como en Horacio, su concepto de vulgo es interclasista, pues «el alma recta, buena y grande» puede alojarse indistintamente «en un caballero romano, en un liberto o en un esclavo».

En Séneca encontramos, como telón de fondo, la realidad divina y la trascendencia del alma. «El genuino sentido religioso del humanismo viene encarnado por Séneca en todos sus puntos —explica García Gibert—: creencia en el misterio divino, que limita y al mismo tiempo dota de sentido las acciones humanas, rechazo a la concepción utilitaria y externa del culto, y tendencia a una interiorización efectiva de lo trascendente. Estos aspectos configuran por entero la breve y hermosa epístola XLI, que es la sensible manifestación del tan discreto pero tan profundo espíritu religioso que anidaba en Séneca».

No hace falta —escribe Séneca— «alzar las manos al cielo», ni «hablar al oído de la estatua» del templo, pues «Dios se halla cerca de ti, está contigo, dentro de ti. Sí,

Lucilio, un espíritu sagrado reside dentro de nosotros». Al final de la carta, ese espíritu divino se define como «la razón perfecta en el alma» (*ratio in animo perfecta*).

El sabio es, por tanto, la máxima encarnación del hombre religioso, y la gran tarea que le propone Séneca será precisamente el reconocimiento de esa fuerza divina. Por eso, el filósofo fue rápidamente adoptado —como sus admirados Cicerón y Virgilio— por el cristianismo, hasta el punto de fabricarse la leyenda de una imaginaria correspondencia epistolar entre él y san Pablo.

Su creencia en una razón virtuosa universal —común a romanos y bárbaros, libres y esclavos—; su concepción de la vida como una esforzada milicia orientada hacia el bien; su firme creencia en un espíritu divino en el alma del hombre; son —dice Gibert— algunas de las razones que explican esa cristianización.

Nadie como Séneca expuso de forma tan clara y contundente la épica y la estética de la sabiduría. Compara al sabio con el médico, el soldado, el gladiador y el atleta, pues todos ellos viven la vida como un servicio a los demás y una lucha, cuyo triunfo es la victoria sobre uno mismo.

ESTOICISMO NO SIEMPRE EQUIVALE A RIGORISMO

Al estoicismo se le reprocha cierto rigorismo ético. Consciente de esa crítica, Séneca responde que la ascética estoica busca la liberación de las esclavitudes pasionales, sin anular «aquello a lo que tienes inclinación y que juzgas necesario, útil y agradable para la vida». Parte de la base de que «nadie puede llevar una vida feliz sin aspirar a la sabiduría», y aconseja a Lucilio que nunca vaya escaso de alegría.

Sabe lo que es dolerse y llorar la muerte de un ser querido, pero avisa que «también en las lágrimas puede haber necesidad». Lección pertinente y muy actual, comenta García Gibert, dada la «propensión plañidera del individuo moderno».

La reflexión sobre el deseo y la codicia como fuentes principales del sufrimiento no es exclusiva de la cultura romana. De hecho, «¿no relacionan su pensamiento con el budismo?», se pregunta Gibert. Su permanente hincapié en la intención de las acciones, no en el éxito, ¿no se emparenta con la esencia del hinduismo y con el *Bagavaad Gita* —«biblia espiritual del hinduismo»—? «Y es que el valor del viejo humanismo», concluye el autor, «radica también en que sus lecciones no solo han fundado la tradición de Occidente, sino que conectan —más y mejor que las enseñanzas modernas— con lo más alto y granado de la sabiduría universal». ■

José Ramón Ayllón es profesor de Filosofía y escritor.

Más sobre **Cuéntame Occidente** en www.nuevarevista.net

- *De Homero a Aristóteles, las raíces griegas de Occidente* (José Ramón Ayllón).
- *El viejo humanismo, insospechado precursor de Freud y otros exploradores del alma humana* (José Ramón Ayllón).
- *Renoir, Rohmer, Wajda: la Revolución francesa vista por el cine* (Alfonso Basallo).
- *Steven Pinker: «En defensa de la Ilustración»* (José Manuel Grau Navarro).
- *La construcción de nuestra civilización. A propósito de “Qué es Occidente” de Philippe Nemo* (José Ramón Ayllón).
- *Elvira Roca: contra los tristes tópicos* (Miguel Ángel Garrido Gallardo).